

tener tantos admiradores un hombre mal hallado con todo el género humano; cómo hayan podido persuadirse que este hombre era virtuoso refiriendo él mismo que no lo era; cómo haya podido grangearse la estimacion y hacerse tributar una especie de culto, dando á conocer los mas leves pormenores de una vida que nada ofrece de grande, que no presenta ninguna accion sublime y que al contrario abunda en detalles villanos y faltas imperdonables¹. Y con todo apenas rindió el último suspiro se hizo su apoteosis; erigiósele monumentos, sobrecargados de inscripciones fastuosas, y se le construyó una tumba. Ibase en romería á Ermenonville, donde reposaban sus cenizas, y á Montmorency, donde habia compuesto sus principales obras; siendo por espacio de muchos años una verdadera moda hacer este viage filosófico².

— El 1º de noviembre, retractacion de M. Hontheim. Tráigase á la memoria que este prelado habia dado en 1763 bajo el nombre de *Febronius* una obra, en la que pretendia reformar la Iglesia á su modo, trazarla un plan nuevo de gobierno, y trastornarla con pretesto de refundirla. Su libro, publicado en un momento en que las ideas de innovacion agitaban los espíritus, hizo una fortuna

¹ *De la literatura francesa durante el siglo XVIII*, por M. de Barante, p. 189.

² La reputacion de Voltaire y de Rousseau, el número y naturaleza de sus escritos, la influencia que tuvieron sobre su siglo, el papel que desempeñaron, y los discípulos que han hecho, nos han precisado á estendernos particularmente acerca de ambos escritores.

prodigiosa en Alemania. Los protestantes se aplaudieron de ver en ella adoptados sus principios. Los enemigos de la religion se felicitaron de ver al autor favorecer sus proyectos, atacando á la Iglesia y sus decisiones, notando los Papas de tiranía, tratando de abuso los usos mas antiguos y los reglamentos mas seguidos, y haciendo sobre una multitud de objetos una critica amarga y sangrienta. Los falsos católicos vieron con alegría á un hombre elevado en dignidad en la Iglesia unirse con ellos para arruinar la autoridad legítima que hubiera debido defender: de aquí la manía por el *Febronius*. Se alabó esta recopilacion atrevida: sus aserciones se hicieron de moda: sus declamaciones pasaron de boca en boca. Universidades tambien adoptaron sus principios. Ya de muchos años á esta parte Viena se llenaba de teólogos reformadores, que tomaban el trabajo de reparar la enseñanza de la Iglesia. M. Hontheim acabó su obra, y se hizo en los espíritus una especie de revolucion. Sin embargo los primeros pastores habian escitado su celo contra el error. Hemos visto á los obispos de Alemania proscribir este libro en su nacimiento. Habia sido notado por Clemente XIII en 1764, y prohibido de nuevo en 1766, y tambien en 1771 y en 1773, y por consiguiente en el pontificado de Clemente XIV, lo que algunos miraron como una especie de escándalo. La asamblea del clero de Francia de 1775 consultada sobre el *Febronius* habia respondido que esta obra, poco co-

nocida entre nosotros, se reputaba como inexacta, como que favorecia las opiniones nuevas, y se apartaba de la doctrina y lenguaje de que la Iglesia galicana habia hecho tantas veces profesion sobre la primacia de los Papas y autoridad de la Iglesia romana. Al mismo tiempo el abate Bergier, en una carta impresa á un obispo de Alemania, manifestó las contradicciones y errores del libro. A estos ataques reiterados juntó sus representaciones é instancias el príncipe arzobispo de Tréveris, y se rindió en fin M. Hontheim. El 1º de noviembre de 1778 dió su retractacion en diez y siete artículos. En ella confesaba haber caido en el error, y suplicaba al Papa tuviese consideracion á su arrepentimiento. Reconocia que las llaves de la Iglesia fueron dadas á uno solo, y ál mismo tiempo á la unidad; que la primacia del Papa es una primacia de jurisdiccion, y debe ser perpetua; que la Iglesia tiene derecho de determinar el sentido, y de juzgar la doctrina de las proposiciones; que se debe una entera obediencia á la constitucion *Unigenitus*; que si se suscita alguna duda sobre el estado de la Iglesia es necesario recurrir al Papa; que el concilio de Tréto fué libre, y que sabiamente hizo reservar al Papa ciertas dispensas; que es preciso mirar como ilegítimos los obispos no reconocidos por él; que se ha tenido razon de reservarle la canonizacion de los santos y la apelacion de todas las causas eclesiásticas; que por lo que pertenece á la fe, sacramentos y disciplina la potestad eclesiástica

pronuncia con pleno derecho... Los otros artículos eran menos importantes, pero estaban dictados por el mismo espíritu. Esta retractacion fué enviada á Pio VI; quien en un consistorio de 25 de diciembre anunció á los cardenales este paso que habia dado M. Hontheim, y manifestó altamente su alegría. Tambien escribió á este prelado dándole el para bien. El 3 de febrero, el obispo sufragáneo dió una carta pastoral para anunciar y confirmar su retractacion. En ella renunciaba para siempre á lo que habia anunciado en su *Febronius*, se empeñaba en impugnarle y notificaba él mismo una orden del elector, que prohibia leer ó retener su libro. Habiendo pretendido algunos que estos procedimientos no habian sido enteramente libres, M. Hontheim publicó el 2 de abril de 1780 una declaracion que trasmitió á su arzobispo: en ella aseguraba que su retractacion habia sido sincera, y que se proponia confirmarla en una obra que trabajaba. En efecto el año siguiente publicó su *Comentario* sobre su retractacion. La esplica en treinta y ocho proposiciones, la confirma de nuevo en cuanto á la sustancia, pero á algunas de ellas da interpretaciones que muchos han juzgado contrarias al acta de 1º de noviembre de 1778. En efecto hay en este Comentario muchos lugares en los que se observa el embarazo y los rodeos de un escritor que no quiere abandonar enteramente sus primeras aserciones, que retiene con una mano lo que cede con la otra, y que enerva con restriccion-

nes parciales aun las confesiones que hace y los principios á los que parece volver. Sin embargo se encuentran tambien en él proposiciones que pueden recibir un sentido muy favorable. Sea lo que fuere de susinceridad en este último escrito, él hizo insertar al fin las actas del consistorio de 25 de diciembre de 1778, el breve que le habia dirigido el Papa, el mandamiento que él mismo habia dado, y un extracto de un libro publicado en Roma, en el que se queria probar que su retractacion era sincera. Este obispo murió el 2 de setiembre de 1790, despues de haber tenido la triste ventaja de haber contribuido á turbar la Alemania, y de haber fortificado en este pais un partido enemigo del reposo de la Iglesia.

1779.

— El 28 de junio, M. Siefertzewicz, obispo de Mallo y vicario apostólico en Rusia, permite á los jesuitas de este pais recibir novicios. Este hecho puede parecer extraordinario despues del breve de 21 de julio de 1773. Hé aquí cual fué la ocasion. Cuando se publicó el breve de estincion de la compañía de Jesus, una parte de la Polonia acababa de pasar al dominio de la Rusia. El breve no se publicó allí. Los jesuitas que se encontraban en

este pais se aprovecharon de esto para dejar las cosas en el mismo estado. No obstante se abstuvieron de recibir novicios, y en efecto no admitieron hasta despues de la permision que les concedió en 1779 el obispo diocesano. Se asegura que estaba autorizado para ello por poderes que le habia dado Pio VI el año precedente. Como quiera que sea, los enemigos de la compañía se alarmaron al ver que esta conservaba un asilo en un rincon de la Europa, y temblando de verla ya volver á los paises de donde habia sido arrojada se quejaron vivamente al Papa de la falta de ejecucion del breve de su predecesor. Estas quejas, apoyadas con intercesiones poderosas y reiteradas, obligaron al soberano pontífice á significar á sus nuncios que el prelado ruso se habia escedido en sus poderes. El nuncio que habia en Varsovia tuvo tambien orden de escribir á este obispo. Pero estos procedimientos á los que Pio VI no se habia prestado, segun dicen, sino con repugnancia, no tuvieron el efecto que habian esperado los enemigos de la compañía. La emperatriz de Rusia manifestó la intencion de conservar el pequeño número de jesuitas que habia en sus Estados. Ella hizo representar al Papa que suprimirlos seria privar á sus vasallos católicos de los socorros que recibian de estos religiosos, sobre todo por lo que toca á la educacion, socorros tanto mas necesarios, cuanto hubiese sido difícil reemplazarlos en un pais en que la instruccion estaba poco difundida. Fueron pues con-